

Pseudónimo: elsilenciodeunasociedad

Secreto a voces

Las aguas cristalinas de Mallorca también tienen su lado oscuro // Pescadores de la Lonja de Palma revelan “no tener papeles” y estar trabajando bajo condiciones de explotación laboral

Dicen que Google es el motor que mueve el mundo. Sin embargo, existen motores que el mundo nunca querría que salieran a la luz. Abrir la pestaña del buscador e introducir: *pescadores ilegales*. Escasos resultados. La noticia más reciente se publicó hace dos años en un medio de comunicación murciano que cuenta con pocos lectores. La búsqueda no cesa. Borrar y volver a introducir: *pescadores ilegales en España*. Insuficiente. Pesca ilegal del atún rojo, pesca ilegal de la merluza negra... El mundo parece estar muy preocupado por todas las especies que se capturan, pero no por quién está detrás de ese trabajo.

Los barcos españoles operan en todos los mares, desde el Índico hasta el Atlántico. Miles de pescadores trabajan más de doce horas diarias para que mercados y grandes superficies abastezcan sus pescaderías. Según OP Mallorca Mar, más de setecientas mil toneladas de pescado se capturan en aguas nacionales. Este peso se traduce en un beneficio de miles de millones de euros anuales. La pesca en España es un sector fuerte para la economía, tanto legal como sumergida.

Durante el *boom* inmobiliario, el ladrillo fue brillante para muchos e hizo perder la luz a otros... La dureza del trabajo y la inestabilidad de los salarios provocaron que muchos españoles abandonaran el sector de la pesca.

Llegada la crisis, la demanda del pescado ha descendido. Por el contrario, aquellos pescadores que un día abandonaron el oficio han expresado su voluntad de volver a faenar en el mar. Donde antes no había trabajadores, ahora sobra mano de obra. El noventa por ciento de las embarcaciones de Baleares ha disminuido su flota de forma considerable. Según el director financiero de la Lonja de Palma, Jaume Radó, el número de pescadores se ha reducido hasta un ochenta por ciento. Sin embargo, bastan cinco minutos para contar cuántas personas trabajan en las embarcaciones de Palma y cuántas personas presupone la ley que lo están haciendo.

En la madrugada del 20 de abril, el objetivo era realizar un reportaje sobre la disminución del número de pescadores. A las cuatro de la mañana, la oscuridad reinaba en las calles. En la lejanía de un pequeño muelle de la Lonja de Palma, los pescadores subían a las embarcaciones. La falta de luz impedía reconocer el rostro de algún pescador. Tan solo sus siluetas eran perceptibles en la penumbra. Las prisas por zarpar a tiempo hicieron que ningún trabajador retrocediera para prestar alguna declaración. En apenas dos minutos, las embarcaciones se dirigían mar adentro. Ahora, la única opción era esperar doce horas a que volvieran a tierra para conseguir declaraciones. Y así fue.

Por un momento, parecía la frontera de Melilla pero se trataba de la Lonja de Palma. A las cinco de la tarde, una gran valla blanca de dos metros de alto impedía el paso al muelle donde, horas antes, se podía entrar con facilidad a observar la salida de los barcos de pesca. Un gran cartel indicaba: solo personal autorizado. Por un momento parecía que toda la historia acababa aquí. Pero las historias se pueden concluir donde uno quiera, con la condición de que tengan un buen final. Y este no era bueno.

Al traspasar la valla, el panorama era totalmente diferente al de esa misma madrugada. Los pescadores amarraban en el puerto. Más del 50 por ciento de pescadores eran inmigrantes. Mozambique, Marruecos, Rumanía o Senegal eran algunos de los países originarios de aquellos trabajadores. Solo una cuarta parte de los trabajadores era de origen español.

Una vez tocaron tierra, nadie alzó la mirada del suelo. Ni siquiera se atrevieron a hablar. Los inmigrantes descargaron todas las capturas de las embarcaciones. Desde el barco, los jóvenes levantaban grandes cajones de plástico azul y blanco y los lanzaban hacia un carro de hierro situado en el muelle. La mayoría de ellos parecían africanos. Todos estaban serios, en silencio, con el rostro aparentemente cansado. Sus indumentarias eran viejas, sucias y de colores apagados. Por el contrario, los trabajadores españoles parecían más relajados que el resto. Charlaban entre ellos, relataban anécdotas sobre la meteorología, las capturas del día o el posible ganador de la *Champions*.

Echando un vistazo, nada parecía extraño. Pero ese fue el problema, que el vistazo o las miradas ajenas no estaban siendo agradables en aquella escena. “¡Muy valiente entrando, quita de en medio, nadie va a hablar contigo!”, exclamó un señor. Su acento apuntaba a que era mallorquín. Todo estaba siendo algo extraño. Pero lo mejor aún estaba por llegar.

En cuestión de minutos, el muelle comienza a recibir más gente. Sin saber de dónde aparece, un hombre africano de unos cincuenta años observa desde tierra el trabajo que están realizando los pescadores inmigrantes. Podría parecer que se trata de un simple ojeador, aunque no es el caso. Llama la atención su físico corpulento y su vestimenta. Un traje de terciopelo color ocre provoca que se distinga de la multitud. Un hombre impecable, de la cabeza a los pies. Sus zapatos son nuevos, brillantes. En la mano sostiene un puro. A la vez, se encarga de que “sus senegaleses” trabajen de la manera más eficiente, y así se confirmaría después.

El hombre controla que todos los pescadores africanos trabajen sin cesar durante más de una hora. Todos siguen sus órdenes sin dudar. Ni una sola persona se atreve a decir una palabra. Hasta ahora, nada se asemeja al estereotipo de “sector español de la pesca”. Aquel mallorquín tenía razón con sus advertencias. Los trabajadores no se atreven a ofrecer declaraciones, excepto un joven senegalés.

De camino a los almacenes hacia donde se dirige para descargar las cajas de pescado, el joven ha querido hablar. Su mirada refleja el entusiasmo de quien necesita decir algo y no le otorgan palabra. La rapidez de su caminar se ralentiza y, sin apenas detenerse, el

joven afirma: “Es duro, esto es muy duro. Pero depende de tu corazón. Si tú quieres, no existe trabajo duro”. El silencio invade el contexto. No obstante, quiere seguir hablando: “Me llamo Abdul. Vivo aquí, en este cuarto de tres metros que hay detrás de ti. Soy de Senegal y no tengo nada. Algún día conseguiré los papeles”. Sus ojos están rojos, humedecidos. Aquella mirada es tan impactante como lo que acaba de confesar. Abdul sigue caminando hasta entrar en el almacén y desaparecer.

Estas son las únicas declaraciones de aquella tarde. Así que donde no hay palabras, que hable una buena imagen. Un contenedor de basura es el sitio perfecto para esconderse y capturar todo lo que allí dentro se está viviendo. Después, toca cruzar de nuevo la valla con todas aquellas fotografías y volver a casa.

Al día siguiente todo podría haber sido tan rutinario como el resto de días si no fuera porque la historia de Abdul necesitaba y debía ser contada. De nuevo cruzando aquella valla blanca de la Lonja, el objetivo es encontrar al joven pero resulta imposible. A pesar de ello, un pescador de nacionalidad española sabe dónde encontrarle: “¿Abdul? ¿El “sin papeles” que vive aquí, en el trastero? Algún día se lo encontrarán muerto”. Sin saber cómo proseguir, el pescador suspira y añade: “Nunca sale de aquí por miedo a que lo detenga la policía. Sólo atraviesa la valla para ir a vender pescado a algunos amigos que tiene fuera del puerto. Ya sabes, pescado que le damos entre todos”. La confesión de Abdul no es tan íntima. Al parecer, su historia es un secreto a voces.

En OP Mallorca Mar, el gerente de la Lonja de Palma, Armando Martínez, ha asegurado que el sector de la pesca se está regularizando tanto que los trabajadores ya cuentan con un sueldo base. Además, ha añadido que los pescadores inmigrantes están regularizados en Baleares desde hace años. “Por supuesto que aquí no existe la ilegalidad. Es más, si una embarcación zarpa con un número inferior o superior de trabajadores puede ser sancionada”, afirma Armando seriamente. No obstante, el gerente no ha ofrecido justificación para argumentar por qué un gran número de pescadores son africanos y en qué condiciones operan.

Desde la Cofradía de Pescadores San Pedro, de Palma de Mallorca, manifiestan que existe un gran número de inmigrantes que trabajan en el mar. Según sus responsables, los senegaleses cuentan con grandes conocimientos de la pesca. “Hay excepciones. Muchos no tienen conocimientos en el sector pero demuestran ganas. Lo importante es que entiendan el castellano”, aseguran desde la cofradía. Al parecer, el único requisito que se necesita para embarcar doce horas en alta mar e iniciar prácticas pesqueras es entender una lengua. No contentos con sus declaraciones, añaden: “Es cierto que a veces la Conselleria de Agricultura y Pesca imparte cursos marítimos. Actualmente no se ejecutan porque no hay dinero”.

Los supuestos cursos de pesca son prácticamente imposibles de realizar. Así lo confirman diversas instituciones. Con sede en Menorca, el Centre de la Mar es el único lugar donde imparten cursos voluntarios de pesca. Se realizan dos o incluso tres sesiones mensuales. Por supuesto, no son un requisito obligatorio para trabajar como pescador. El coordinador del centro no está dispuesto a hablar. La única solución que

ofrece es “acudir a su oficina de Maón para solicitar información”, según ratifica su secretaria.

Además, el SOIB añade que en Mallorca no existen cursos de pesca, ya sean obligatorios para futuros pescadores o bien para pescadores voluntarios. Desde la Conselleria de Agricultura y Pesca se disponen a ofrecer datos estadísticos, exceptuando aquellos relacionados con pescadores inmigrantes. El silencio es la baza de todo aquel que está detrás de este entramado.

La valla blanca vuelve a ser la protagonista. Después de cinco días de búsqueda, Abdul aparece en el muelle. En este caso, su indumentaria es la misma. No ha cambiado de ropa y sus manos parecen sucias y arañadas. Está dispuesto a hablar de nuevo. Él ya no tiene miedo. “Cuando salgo a vender el pescado que me regalan puedo ganar algún dinero. Es fundamental para mí porque hay días que la embarcación no me paga por mis horas de trabajo”, afirma nervioso. El joven siente desconfianza. Antes de seguir hablando, exige que ningún comprador de la Lonja tenga constancia de que él vende pescado.

“Me pagan veinte euros por jornada de trabajo. Además, si arreglo las redes que se han roto durante el día recibo otros diez euros. Arreglar una red supone dos días de trabajo”, afirma Abdul. Mira a su alrededor, de reojo. Se asegura de que no haya nadie cerca y continua: “Solo puedo hablar cuando no esté nuestro dueño. No tengo papeles pero eso no es un problema. Me deja dormir aquí entre las herramientas. Hay más compañeros de África en mi situación. Ellos no viven aquí pero también trabajan en las embarcaciones”.

El vicepresidente de la Asociación de Inmigrantes Senegaleses en Baleares, Félix Mendy, revela que existen más de doscientos senegaleses en Baleares que no cuentan con la reglamentación necesaria para residir en España. Además, apunta tener constancia de que la mayoría trabajan en embarcaciones marítimas. “Hay muchos senegaleses que acuden a buscar trabajo y son seleccionados por su experiencia en alta mar. Muchos llegan a España en patera, por lo que su resistencia física es muy fuerte”, añade Mendy. Desde la asociación no niegan la existencia de estas irregularidades en el mar Mediterráneo. Además, el vicepresidente se compromete a localizar a todos aquellos pescadores sin papeles para conocer cuáles están siendo sus condiciones laborales.

Por otra parte, la sede de Oxfam Intermón en Palma, Cruz Roja y el departamento de prensa de CCOO no han querido responder a las declaraciones de Abdul. Tampoco han colaborado en la facilitación de datos relacionados con la supuesta situación ilegal de los pescadores. Desde el Departamento de Comunicación de UGT califican la situación de intolerable y consideran que la Seguridad Social debería tomar medidas en el asunto.

La irregularidad y explotación son el gran secreto a voces que se esconde detrás de las aguas cristalinas de Mallorca. Un secreto que muchos parecen conocer pero nadie

quiere decir. Una historia que resulta imposible concluir con un buen final, pero se debe luchar por esa misma razón. Para que tenga final.